



LA CRÓNICA MÉDICA

AÑO XXVI.

LIMA, 31 DE AGOSTO DE 1909

Nº 496

Conocimientos anatómicos de los antiguos peruanos ó incas

Antes de ocuparme de la materia que anuncio, en el epígrafe de este artículo, quiero decir dos palabras que expliquen mi propósito al dar á la luz un estudio, un tanto incompleto, como es el que se ha de leer á continuación.

Trato de recoger datos para escribir, alguna vez, la historia de la Medicina Peruana. Esos datos, en un libro, deben aparecer depurados de toda clase de errores y omisiones; y, creo que un medio de conseguir ésto es publicarlos en forma de artículos sueltos, pidiendo al mismo tiempo, como desde luego pido, que los entendidos en el asunto se sirvan hacer las observaciones que crean convenientes para acogerlas en el mayor agrado. Pienso yo que por este medio me será fácil remitir un ejemplar de cada artículo á los *quechuáfilos* de las diversas circunscripciones de la república, y conocer sus opiniones acerca de ellos. Procedo así, porque es sin duda alguna, el idioma incásico, la fuente viva de información más auténtica que existe para obtener datos veraces respecto de la Medicina Nacional, en su período precolonial. Las narraciones de cronistas é historiadores, la interpretación de los huacos antropomorfos, prestan importantísimos servicios al que se dedica á investigaciones médico históricas de la edad incásica; pero no tienen, á mi juicio, la misma significación cuando están aislados como cuando se presentan en armonía con su expresión actual en el idioma ó en las costumbres sociales de los indios. Creo, pues, seguir un buen camino para realizar la obra que proyecto publicando y consultando artículos como el siguiente.

Algunos médicos ilustrados han escrito, en nuestro país, asegurando, sin pruebas de evidencia, que los antiguos habitantes del Perú eran absolutamente ignorantes en la medicina y particularmente en la anatomía, que con la fisiología, son las piedras angulares en que descansa el edificio de la medicina clínica de los pueblos modernos. Yo nunca acepté semejante tesis, fundándome en estas razones: 1º me es difícil creer que una raza que había dejado pruebas de haber alcanzado un grado de cultura admirable para su época, como lo demuestran los caminos, las obras incásicas del Cuzco, el quipo, ó escritura incásica, y su rico idioma, se hubiera distinguido por su ignorancia en la anatomía, en la medicina; y 2º porque mis conocimientos del idioma *quechua* me permiten encontrar, á cada rato, pruebas contrarias á aquella afirmación.

Me anticipo en indicar que yo no tengo motivos para creer que los incas hubiesen hecho estudios anatómicos en el cuerpo humano; pero, es indudable que los *ecampecc* ó médicos del período incásico orientaban sus métodos terapéuticos basándose, real ó aparentemente, en conocimientos de anatomía comparada, que habían ad-

quirido. Esto es, como Galeno y sus discípulos, conocían la anatomía de ciertos animales y creían que el organismo humano debía estar constituido como lo está el de aquellos; y de este supuesto inducían que las enfermedades del hombre deben reproducirse en los animales, afectando á órganos homólogos, cuando el cuerpo de un enfermo se fricciona con un animal vivo, como el cuí ó cobaya (ccui), sapo (jampatu) rana (caira), etc. Esta es la interpretación más plausible, que yo encuentro, del método terapéutico llamado *Uy-huachi*, que actualmente se emplea entre los indios y cuya descripción haré en su oportunidad.

Veamos ahora los nombres de las diversas partes del organismo humano, en el idioma *quechua*, en cuyo espíritu se descubre que no fueron inventados al azar:

Cabeza.....	Uma
Hueso.....	Tullo
Cara.....	Uya
Bóveda del cráneo.....	Uma-mate
Frontal.....	Urco tullo
Occipital.....	Uma puyun [1]
Huesos de la cara.....	Uya tullo ó uya tullocuna [pl.]
Huesos de la nariz.....	Sinca tullo
Cavidad orbitaria.....	Nahui manca
Maxilar inferior.....	Caquicho
Diente.....	Quiro
Diente incisivo.....	Ñaupac quiro
Canino.....	Huacso
Muela.....	Huacco
Columna vertebral.....	Huasa orcco
Región cervical del esqueleto.....	Cunca tullo
Atlas y axis (juntos).....	Masa huaccachi (2)
Axis (sólo).....	Cuehicuchi
Las demás cervicales.....	Huaca-huaca
Vértebra dorsales.....	Condor-condor
Sacro caxis.....	Siquichaca
Esternón.....	Ceaso tullo
Costillas.....	Huacctan tullo
Omoplato.....	Huasa tullo
Húmero.....	Llañuc
Radio.....	Maqui-picuro
Cúbito.....	Jatun picuro
Huesos del carpo y del metacarpo.....	Maqui tullo
Falanges.....	Lunacchu
Hueso ilíaco.....	Siquichupa
Fémur.....	

(1) *Uma-puyun*, es nombre compuesto de una cabeza y *puyun* nube; y, significaría, pues, la parte más alta de la cabeza. Corresponde al vertex.

(2) *Masa huaccachi*, de *masa* yerno y *huaccachi* que hace llorar. Entre los antiguos peruanos era costumbre simbolizar las dificultades que ofrece el vínculo matrimonial dándole al pretendiente á la mano de una muchacha las piezas óseas que forman la articulación atloido-axoidea, para que las desarticule cuidadosamente; y, como esta operación demanda cierta habilidad y esfuerzo he allí por que le dieron, á dicha unión ósea, el nombre que lleva.

Tibia.....	Huichu
Peroné.....	
Rótulu.....	Piruro
Huesos del pie (todos).....	Chaqui tullu (sing.) Chaquihillu- cuna (plur.)
Aponeurosis.....	Aichapllican
Músculos.....	Aicha
Tendón.....	Anco
Cartílago.....	Ccaprocho.
Cara.....	Uya
Boca.....	Simi
Lengua.....	Ccallo
Organos de la visión.....	Ccahuanapacc
Ojos.....	Ñahui
Párpados.....	Ñahui pccaran
Pestañas.....	Ccechipra
Globo del ojo.....	Ñahui runto ó Ñahui p runtun ó Ñahui rurun
Oído.....	Uya rinapacc
Oreja.....	Rinri
Cartílago de la oreja.....	Rinrip ccapru chun
Antitrago.....	Rinripahuall cun ó rinripahuall euchan
Piel.....	Ccara
Pelos.....	Chuccha
Cuero cabelludo.....	Chuccha ccara
Uñas.....	Cillo
Org. olfato.....	Musquina pacc
Nariz.....	Sincca
Cartílago de la nariz.....	Sinccap ccapruchun
Cuello.....	Cunca
Nuca.....	Matanca
Organos de la digestión.....	
Faringe.....	Millputin (1)
Esófago.....	Tonccorin
Laringe.....	Pantaccnin (2)
Estómago.....	Huicsa
Intestinos.....	Chunchuli
Intestino delgado.....	Muyupin (3)

(1) *Millputin*. Quiere decir órgano de la deglución. Viene del verso *mill-puy* (tragar, deglutir). Dicho nombre supone que los indios conocían la función principal de la faringe.

(2) *Pantaccnin*. Quiere decir órgano que se equivoca. Cuando durante la digestión no pasa el bolo alimenticio de la boca á la faringe, y cae sobre la glotis, equivocando su camino, se dice en *quechua pantaccninman yaycurccusca*, esto es que había penetrado en la laringe, en el órgano que se equivoca. Realmente, será metafórico decir que la laringe se ha equivocado al permitir que el bolo alimenticio no continúe su camino anatómico y caiga sobre él; pero, aparte de que la metáfora no es de mal gusto, es evidente que la obstrucción de las vías aéreas, con los alimentos que deben ser deglutidos, se produce cuando la laringe funciona intempestivamente, en los momentos precisos en que la faringe debe imprimirle rumbo al producto de la digestión bucal; ó en otros términos hay pues ocasión en que el órgano de la voz equivoca su fisiología, anticipándose á la función de la faringe.

(3) *Muyupin*— Viene del verbo *muyuy*, dar vueltas. Refiriéndose á los intestinos delgados, quiere decir *que dan vueltas*. Seguramente la disposición en repliegues ó en S de dichos órganos, ha motivado el nombre que le dieron los peruanos primitivos.

Yeyuno.....	Misquicenen
Peritoneo.....	Llicahuirá (1)
Epiplón menor.....	Chana huira
Hígado.....	Natecc
Vesículo biliar	Jayacpuro (2)
Bilis.....	Jayacnin
Pancreas.....	
Bazo.....	Tu cuman
Riñones.....	Rurun
Vejiga.....	Ispay-purun
Orina.....	Ispay
Tejido grasoso que rodea á los riñones.....	Rurumpa-huiran
Org. respiración.....	
Laringe.....	Pantaccnin
Pulmones.....	Ccapsan (3)
Org. circulación.....	
Corazón.....	Soncco (4)
Arterias.....	
Venas.....	
Sangre.....	Yahuar
Cerebro.....	Noecto
Médula Espinal.....	Huasa oreco chilena
Nervios	
Diafragma.....	Huicchecanan (5)
Oblicuo mayor del abdomen.....	Ccohuipcillon (6)
Pecho.....	Ccascoco
Espalda.....	Huasa
Región costal.....	Huacctan
Región inguinal.....	Laplaccnin
Ombiligo.....	Pupo
Apéndice jifoides.....	Ccascoco ccapruchuc
Región lumbar.....	Hueccau

(1) *Llicca-huirá*—Quiere decir literalmente *tela de araña* de sebo ó simplemente *tela de sebo*. La comparación que se advierte en este nombre, entre la *tela de araña* y el *peritoneo* es la misma que existe en la que hicieron los griegos al llamar *aracnoides* á la cubierta serosa del cerebro por su analogía con la *tela de araña*.

(2) *Jayac-puro*—Bolsa ó depósito de sustancia picante. *Jayac* es *bilis*.

(3) *Ccapsan*—Este nombre *evoca* la idea de *crepitación*. *Ccap* es *crepitar*. Como el *tejido cartilaginoso* tiene la propiedad de *crujir* ó *crepitar*, si se *dobra* ó *fricciona* consigo mismo, le llaman *Ccapruchuco*.

(4) *Soncco*, quiere decir el *centro del organismo* ó quizá *órgano profundo*. *Soncco* es también el *tejido central* ó *medular del tallo*; *soncco* es la *migaja del pan*; *soncco* es sinónimo de *sentimiento oculto*; ¿chaychu sonccooyqui? ¿eso sientes? Hay pues, motivos para creer que los indios llamaron *Soncco* al *corazón* por haberlo considerado como *órgano profundo* ó *central* en el cuerpo.

(5) *Huicceccanan*. Este es nombre admirablemente dado al *diafragma*, cuyo principal objeto en el estado *estrático del organismo animal*, es *separar las cavidades torácica y abdominal*, sirviéndoles al mismo tiempo de *pared intermedia* que contribuye á *limitarlas*, á *cerrarlas*. Viene del verbo *huicchca*: *huicchcana* es objeto que sirve para *cerrar*. Lo importante es que *diafragma*, del griego *diafraso*, *interceptar*, indica que el concepto de los griegos sobre el papel *anatómico* de aquel músculo ha sido el mismo que de él se formaron los indios peruanos. *Huicchcana* y *Diafragma* son ideológicamente iguales.

(6) *Ccohuipcillon* es el nombre mayor del *músculo oblicuo del abdomen*. Quiere decir *uña de cui*. No sé que grado de fundamento tenga la comparación que se descubre en dicho nombre entre la forma del *músculo expresado* y la de una *uña de cui*.

Rodilla.....	Piruro
Codo.....	Cuchus
Médula ósea.....	Chilena

Este ligero estudio permite, pues, afirmar, enfáticamente, que los indios no eran ignorantes en anatomía; y, que los nombres con que designaron ciertos órganos revelan que en sus cerebros se producía trabajo intelectual para armonizar el nombre con alguna propiedad ó función del órgano que recibía bautizo.

G. OLANO.

DE NUESTROS CANJES

Costumbres funerarias en el Imperio de los Incas

POR EL DR. JOSE PENNA
DIRECTOR GENERAL DE LA ASISTENCIA PÚBLICA, ACADÉMICO DE LA
FACULTAD DE MEDICINA

CONCLUSION

Las más grandes de las *huacas* de la costa, eran las de Toledo, las de la Esperanza, del Vipo y del Sol que medía sobre una base de 10,000 metros cuadrados, una altura de 40 á 60 metros (Wiener).

En el interior del país y en la entrecordillera, los sepulcros responden á otro orden, pero están construidos siempre teniendo en cuenta la necesidad de conservar lo más posible á los difuntos.

Aquí se habían elegido las grutas y cavernas de las montañas, aprovechando aquellas que la naturaleza ofrecía convenientemente dispuestas, ó modificándolas con obras que las perfeccionasen y pusiesen en condiciones aceptables. Los sitios elegidos eran generalmente los de más difícil acceso; aprovechaban las colocadas en rápidas pendientes, los sitios abruptos ó las cuevas abiertas sobre el corte vertical de la montaña, de tal modo que algunas de estas tumbas, cual otros nidos de águila, parecen suspendidas sobre el abismo, á donde no se ha podido llegar sino por medio de cuerdas que permitieran tales descensos.

Este género de sepulturas de las que muchas remontan á la edad de piedra, son simples ó compuestas, presentando en este último caso varios compartimentos naturales ó artificiales.

No es posible indicar una localidad fija del Perú en que las cavernas funerarias dominen, pues, desde Cajamarca á la Paz, en Huamachuco, Tarapacá, Huánuco Viejo, en el Cerro de Pasco, en Tarma, Jauja, Huancavelica, Ocos, Cotabamba, Abancay, en las costas de Apurímac, en toda la región del Cuzco, en las altas mesetas de Vilque, en Paramonga, en el Cerro de la Horca, etc., etc., las grutas y cavernas sepulcrales se encuentran con frecuencia presentando todas las variedades imaginables, desde la más simple, representada en una hendidura ó cripta, hasta las más complejas con cámaras múltiples situadas en planos diversos, y ornamentadas, con más ó menos lujo y construcciones apropiadas para darles el *confort*, la elegancia y la seguridad deseables.

Estos depósitos funerarios aparte de la elección del lugar buscado para ocultarlos, se presentan casi todos con su abertura de entrada tapada con murallas de adobe, piedra ó con peñascos arri-

mados, á objeto de disimulo á la vista y á las tentaciones de los que pretendieran profanarlos.

Al lado de la caverna y de la gruta, como en Chulluc principalmente, se ven monumentos funerarios hechos de piedras superpuestas unas sobre otras sin ningún género de argamasa que las úna (*dolmens*). Estas piedras generalmente anchas y aplanadas, pero sin pulimento, están dispuestas de modo que entre cuatro ó cinco puedan encerrar un pequeño recinto donde reposa el cadáver.

Las tumbas, unas originales de ese tipo según Wiener, pueden verse en el monte Sipa, donde también existen monumentos de la misma naturaleza, pero constituyendo monolitos y aun bi-litos, en cuyo caso algunos representan verdaderas urnas.

Por último, suelen encontrarse en distintos lugares del Perú, otras construcciones funerarias imegalíticas, y también, de la variedad denominada *menhirs* (piedras alargadas).

Pasando ahora á los mausoleos de mampostería, Wiener llama la atención sobre la gran variedad de formas que estos presentan: los hay cuadrangulares, circulares, mixtos, etc., hay otros como en Cayor, por ejemplo, en que los sepulcros dispuestos circularmente, ofrecen en todo su contorno dos ó más filas de nichos colocados á diversas alturas que les da el aspecto de una *calumbarium* romana.

Pero entre todas estas tumbas aquellas que denotan conocimientos arquitectónicos más elevados, son, sin disputa, las pequeñas torres redondeadas que existen en el Cerro de Sipa, aún cuando ellas sólo representen un modelo atenuado é imperfecto de los soberbios y grandes mausoleos que se pueden ver en toda la región de las altas mesetas del Vilque y que se conocen con el nombre de *Chulpas*.

Las *Chulpas*, en efecto, son pequeñas torres poligonales de caras pequeñas y techo abovedado, que miden de 5 á 12 metros de altura y cuyas paredes sólidamente construídas, presentan un espesor tan considerable que apenas dejan en su interior un pequeño espacio vacío para el cuerpo. Las puertas de estos sepulcros, como la mayoría de los construídos por los peruanos, miran al Este y han sido convenientemente cerrados después de haber colocado los cadáveres en su interior (1).

I—Posición topográfica	{ Subterráneos Sobre el suelo Troglodíticos (situada en grutas)	{ naturales artificiales
------------------------	---	-----------------------------

II—Materiales de construcción	{ Arena Grutas Adobes Adobes y piedras Grutas artificiales modificadas En piedras trabajados, monolito
-------------------------------	---

(1)—Teniendo en cuenta algunos de los caracteres generales que los sepulcros del Perú presentan, he aquí como los clasifica M. Wiener en la obra ya citada.

III—Cronológicamente	{ Dolmens Grutas Monolitos Tumbas rectangulares Grutas trabajadas
IV—Techo	{ Sin techo (arena) Paja (una ó dos aguas) Techo de armadura de caña, etc. Paja y arcilla Techo de chapas Bóveda

Después de lo expuesto se deduce que la sepultura de los peruanos no era la misma en todos los casos, y que si bien muchas de ellas corresponden á una época remota y á una raza distinta de la sometida al imperio de los Incas; se descubre sin embargo en las de éstos mismos, diferencias tan acentuadas, que hoy nos sería bien difícil el alcanzar su causa.

Así los Reyes Incas, no tenían propiamente hablando, sepulturas especiales; hijos derivados directamente del Sol como eran, debían naturalmente al tiempo de su muerte tener por tumba el santuario destinado á esta divinidad.

Y en efecto, sus cuerpos embalsamados estaban colocados en el gran templo del Cuzco. (Ondegardo, Acosta, Garcilaso, etc.) Allí el monarca peruano al entrar en el santuario terrible, podía contemplar las efigies de sus regios predecesores colocadas en dos filas opuestas, los hombres á la derecha y sus esposas á la izquierda del gran luminar que brillaba en oro refulgente entre las paredes del templo. Los cuerpos revestidos con el ropaje real que acostumbraban á llevar, estaban sentados en sillas de oro, con las cabezas inclinadas al suelo y con las manos tranquilamente cruzadas sobre el pecho. Sus rostros conservaban su natural color obscuro..... y su cabello negro como azabache, ó plateado por la edad, permanecía lo mismo que durante su existencia (1).

Los peruanos ocultaron estas momias para salvarlas de la profanación de los conquistadores; pero Polo Ondegardo, siendo corregidor del Cuzco, pudo descubrir cinco de ellos; dos de mujeres y tres de hombres; estos últimos eran los cuerpos del Inca Viracocha, de Tupac Inca Yupanqui y de su hijo Huayna Capac. Ondegardo se las mostró á Garcilaso al tiempo de ir éste á despedirse para su viaje á España, quien refiere (lib. V, cap. XXIX) el estado de conservación notable en que se hallaban. El padre Acosta que también vio una de ellas después que fueron trasportadas á Lima; dice: 'Estaba el cuerpo tan entero y tan bien aderezado con cierto betún, que parecía vivo. Los ojos tenían hechos con una telilla de oro, tan bien puestos, que no le hacían falta los naturales, y tenía en la cabeza una pedrada que le dieron en cierta guerra. Estaba cano, y

(1) Historia de la Conquista del Perú.— G. Prescott. Madrid 1853, Lib. I, pag. 14.

no le faltaba cabello, como si muriera aquel mismo día, haciendo más de sesenta ú ochenta años que había muerto" (1).

Los reyes de Quito ó Scrys eran sepultados, según E. Marcos de Niza, (2) todos reunidos en un sepulcro muy grande en forma de pirámide cuadrangular fabricada en piedra, y luego cubierta de tantos guijaros y arena que presentaba, el aspecto de un pequeño otero. La puerta colocada al Oriente, se cerraba con un muro de adobes y sólo se abría á la muerte de uno de ellos. Los cuerpos convenientemente embalsamados, ocupan su interior junto con las insignias reales y el tesoro que cada uno hubiese ordenado se encerraran en él. Estos monumentos presentaban en la parte correspondiente á cada cuerpo un agujero ó pequeño nicho en que se colocaban estatuitas de tierra, metal ó piedra (representando probablemente la imagen del difunto), junto con piedrecitas de diversos tamaños y colores que, indicaban la edad, los años y meses de reinado del difunto, etc. [3].

Los sepulcros de los vasallos eran muy distintos, como anteriormente lo hemos hecho notar, y variaban de una provincia á otra.

En algunos puntos, hacia las regiones del Sud principalmente, los caballeros de sangre real, los curacas y otros magnates, según Ribero y Tschudi, á su muerte se hacían depositar en grandes vasos de oro ó plata en forma de urnas herméticamente cerradas, las cuales, al decir de Gamarra, se colocaban luego en los prados, bosques y selvas, ó en las heredades del monarca, si la muerte había sido por sacrificio hecho en su homenaje. Según los autores de las antigüedades peruanas mencionadas, las familias de cierta categoría hacían construir para su última morada, sepulcros de adobes, piedras, etc.; mientras que la plebe se contentaba con colocar sus muertos en las hendiduras de las rocas, en las cuevas, en los terraplenes formados por las peñas, ó en simples fosas sobre las cuales los indios acumulaban montones de piedras.

Refiriéndose á éstas costumbres dichos autores añaden:

"Hemos hallado momias en las hendiduras de las peñas, tan estrechamente cerradas, que parecía increíble hubieran podido entrar por ellas los cadáveres con las carnes frescas."

Ahora bien, los cadáveres depositados en esta gran variedad de tumbas no se han conservado todos de un modo igual; aquéllos puertos al abrigo de la intemperie, aislados por una ú otra causa de las variaciones atmosféricas, secuestrados, en una palabra, de la acción de la humedad y el aire, etc., han sido encontrados en un grado notable de conservación, como son un ejemplo los cuerpos de los Incas y muchos otros descubiertos en los sepulcros; pero en los duros casos, por el contrario, están muy deteriorados, hallándose á veces sólo el esqueleto, y otras las cenizas informes, últimos restos humanos difíciles de reconocer.

Pero sea cualquiera el estado de conservación en que se los haya encontrado, estos cadáveres se presentan acurrucados, reproduciendo con gran constancia esa posición especial que ya nos ha ocupado, á la cual no obstante, hacen excepción los cuerpos de cier-

(1) Costa—lib. VI, cap. XXI, pag. 132, tomo II.

(2) Conquista del país de Quito —Ritos y ceremonias de la India.

(3) L. Rivero, y Juan Diego Tschudi.—Antigüedades Peruanas. Viena 1185, cap. VIII, pag. 189.

tas sepulturas encontradas por Wiener en Paramonga, donde los ha visto acostados sobre el dorso, con los brazos extendidos, y reposando sobre almohadas de paja, posición que nosotros veremos reproducir después en otras tumbas de América.

A pesar de esto, puede sentarse como hecho general que los cadáveres encontrados en los sepulcros del Perú, se hallan en mayoría colocados en la posición indicada, que desde los primitivos tiempos de la conquista llamó la atención de los observadores. El mentón, descansa ordinariamente sobre las rodillas, las manos están puestas sobre las mejillas como sosteniendo la cabeza, pero en otros casos descansan de plano sobre el vientre. El cabello generalmente largo, está trenzado y la cabeza cubierta con algunas vueltas de cuerda.

En la boca de estas momias se han hallado objetos diversos, como ser bolas de algodón sólo ó conteniendo en su interior semillas de habichuelas, judías, granos de maíz; otras veces, fragmentos de cobre, plata, oro, etc. En las órbitas y como sustituyendo á los ojos, se han descubierto también bolillas de algodón conteniendo ojos de pescado. Las orejas están igualmente adornadas con grandes aros de metales diversos. Además por el estilo se ofrecen en el cuello, en los brazos y puños, y los miembros superiores están generalmente sujetos por algunas vueltas de cuerda.

Las manos han sido objeto de un cuidado especial: están abiertas y sus dedos separados unos de otros por pequeños cilindros de caña llenos en su interior de un polvo mineral rojo ó amarillo, mantienen dicha posición con ayuda de ligaduras apropiadas.

Esto es lo que podríamos llamar la ornamentación de la persona del difunto.

En cuanto á la vestimenta propiamente dicha, es preciso decir que ha sido muy diferente según ciertas condiciones que han dependido de la costumbre de las diversas tribus, de la riqueza de las familias, en fin, con el estado jerárquico de las personas, etc.; pero de una manera general, podemos asegurar que el tipo más común de estos cuerpos así preparados, que se ha dado en llamar momias, es el siguiente.

Una especie de poncho corto pende del cuello, llega hasta el hueco del estómago, y se termina á este nivel por una ancha faja que rodea la cintura; los paños laterales del poncho están cosidos sobre los costados, de manera que afecta la forma de una camiseta sin mangas, pero que á veces las tienen sobreañadidas. A veces la camiseta se continúa con una especie de saya formada por un tejido de filamentos, con anchas mallas, la cual cubre al cuerpo hasta debajo de la cintura, en cuyo caso éste está adornada con una guarnición de un tejido de mallas mas estrechas que las de la saya y que descende sobre los muslos y rodillas, donde aparecen nuevos adornos de hilo, plumas de colores, etc.

En ciertas regiones más frías, en vez de este ropaje complicado, los cadáveres están vestidos con una gran blusa que cubre casi todo el cuerpo; pero en cualquier caso, sea éste, aquel ú otro el traje elegido, los cadáveres llevan sus pies calzados con sandalias trabajadas en cuero de venado, de llama, en paja, olores, etc, y suspendidos del cuello, algunos saquitos que contienen hojas de coca, polvo de cal quemada, granos de maíz, vasos con chicha, etc, aparte de otras provisiones que convenientemente envueltas en algodón, colocan sus amigos y parientes en los huecos de las piernas y brazos, junto con estatuillas de metal, tierra cocida, etc.

El muerto así vestido y colocado en la posición clásica, ha sido luego relleno en sus huecos y depresiones con substancias vegetales secas, hojas de coca, de maíz ó de algodón; y después encerrado en una primera sábano ó mortaja hecha de una tela muy fina y á menudo trasparente. Los nuevos huecos dejados por la aplicación de esta cubierta, han sido vueltos á relleno antes de recubrir el paquete con una segunda mortaja de tejido mas fuerte y consistente y en seguida procediendo de la misma manera, se han ido aplicando sucesivamente otras envolturas, hasta sumar en las personas de cierta categoría, nueve telas diferentes, de las cuales la última ha sido reforzada, sostenida por una red hecha de paja trenzada, fibras de álces, etc.

Tal es mas ó menos el ropaje y acondicionamiento con que se presentan al observador las momias y cadáveres hallados en el Perú, los que, excepción hecha de los raros casos en que se encuentran colocados en urnas ó grandes ánforas de tierra cocida, ofrecen con una gran constancia estudiados de fuera adentro, un número variable de envolturas hasta llegar á la piel, de que dá una idea general bastante exacta la descripción anterior.

En el interior del país donde el clima dispone más á la destrucción de estos cuerpos que tanto se preocupaban de evitar, las envolturas de las momias eran de tejidos de lana, y en vez de terminarse por la red protectora de que hemos hablado, que algunos también colocaban, se terminaban por un envoltorio de estera ó tejido de paja que amoldándose bien, protegía más eficazmente los cadáveres, contra las inclemencias del tiempo. Era común en estos casos dejar los pies bien calzados, fuera de la última cubierta.

Pero como se habrá podido notar, el rostro quedaba sin protección alguna en este sistema de embalsamar los muertos, que era probablemente común á muchos pueblos; y es para evitar aún aquí la acción destructora de los elementos, que en ciertos lugares como en Ancón, Pachacamac, Chancay, etc., las momias han sido cubiertas en su cabeza con otra postiza, hecha de una almohadilla rellena de algas. Su forma era cuadrada hacia el rostro, y se terminaba hacia arriba por una peluca provista de hilos negros para simular probablemente el cabello. Este aparato, especie de mascarón fijado á la cabeza con ayuda de un vendaje y cuyo símil puede verse en las obras del Marqués de Nadaillac, daba á estos cuerpos un aspecto raro por lo grotesco de las facciones.

Esta cabeza sobrepuesta estaba generalmente coronada de una diadema de plumas de brillantes colores; el sitio correspondiente á los ojos, estaba ocupado por fragmentos de oro ó plata, imitando la forma de dichos órganos; la nariz se figuraba colocando en la parte correspondiente un pedazo de hueso ó de madera de forma triangular; las orejas se adornaban con grandes pendientes colocados perpendicularmente al plano del lóbulos; en fin, en la boca, siempre cuadrada, ponían un pedazo de cualquier metal precioso ó de madera esculpida. En casos raros estos mascarones con cabeza eran todos trabajados en madera y pintados convenientemente.

En fin, en algunas de estas momias se han encontrado pendientes de su cuello, especies de carteles hechos en tela blanca y fina tendida sobre un marco cuadrado de caña, presentando dibujos de color azul, rojo ó negro, sobre cuyo significado nadie aún se ha pronunciado.

Llega ahora el momento de preguntarnos: ¿esta conservación

de los cadáveres ha sido el producto del artificio, es decir, del embalsamamiento, ó por el contrario, no es más que un resultado imputable á las condiciones en que los colocaban, ó al clima de esa región que favorece la momificación natural, como quieren Rivero y Tschudi?

Nosotros debemos decir que ambas opiniones han sido sostenidas con más ó menos competencia, no obstante estar muchos autores de acuerdo en que el embalsamamiento y el arte de realizarlo con cierta perfección era conocido por los peruanos, quien lo aplicaban solamente en los cuerpos de sus Incas y príncipes. Lo que si parece cierto es que estos indígenas hicieron todo lo posible por guardar en el secreto el método de que se valían; y los autores españoles que pudieron resolver en parte esta cuestión, sólo se concretan en su mayoría ó ensalzar y poner de manifiesto la admiración que les causaba ver cuerpos tan perfectamente conservados después de algunos siglos, sin ocurrírseles estudiar en las momias de los Incas que encontraron, y cuyo embalsamamiento admiten, si estaban ó nó realmente embalsamados.

Algunos otros historiadores sin profundizar más la cuestión, han llegado hasta decir que el arte de embalsamar de los peruanos superó al de los egipcios, pero Rivero y Tschudi, que en obra Antiqüedades Peruanas los citan les observan que ninguno de los cuerpos embalsamados quedaba blando y flexible; que ni el cutis conservaba su suavidad y blandura; en fin, que las facciones mismas no se volvían inalterables.

Esta imperfección del embalsamamiento peruano es bien evidente, y M. Larrouse en su diccionario enciclopédico, habla de estas momias como cuerpos conservadores de feo aspecto y sin arte alguno.

Garcilaso, al ocuparse del cuerpo de los Incas é insistir sobre el poco peso que ellos tenían, el resultado de desecación y de dureza en que se hallaban, al punto de dar á sus miembros la consistencia de la madera, emite la opinión de que el embalsamamiento se había llevado á cabo exponiendo los cadáveres á la acción del frio de las sierras, fundándose en el procedimiento análogo que estos indios empleaban para conservar la carne y preparar el tasajo (1). No hemos hallado en ningún otro actor la confirmación de esta manera de pensar, que admitida como la expresión de la verdad, levanta-

[1] Y es de advertir que la ciudad de los Reyes (donde hacia casi 20 años que los cuerpos estaban cuando el Padre Acosta los vió) es tierra muy caliente y húmeda, y por ende muy corrosiva, particularmente de carnero, que no se pueden guardar de un día para otro: con todo eso dice (el Padre Acosta), que causaba admiración ver cuerpos muertos de tantos años con tan linda tez y tan enteros. Pues cuanto mejor estarían 20 años antes, y en el Cuzco, donde por su tierra fría y seca se conserva la carne sin corromperse hasta secarse como un palo. Tengo para mí, que la principal y mejor diligencia que harían para embalsamarlos, sería llevarlos cerca de las nieves, y tenerlos allí hasta que se secasen las carnes, y después les pondrían el betún que el Padre Acosta dice, para llenar y suplir las carnes que se habían secado; que los cuerpos estaban tan enteros en todo, como si estuvieran vivos, sanos y buenos, que como dicen, no les faltaba sino hablar. Náceme esta conjetura de ver que el tasajo que los indios hacen en todas las tierras frías lo hacen solamente con poner la carne al aire hasta que ha perdido toda la humedad que tenía, y no le echan sal ni otro preservativo, y así seca todo el tiempo que quieren.

Acuérdate que llegué á tocar un dedo de la mano de Huayna Capac: parecia que era una estatua de palo, según estaba duro y fuerte. Los cuerpos pesaban tan poco, que cualquiera indio los llevaba en brazos ó en hombros, de casa en casa de los caballeros que los pedían para verlos. (Garcilaso, lib. VI, cap. XXIX, pág. 425 y 426.)

ría muchísimas objeciones. Sin embargo, este procedimiento de conservación de los cadáveres que aún en el día se usa con gran resultado, habría impreso á los cuerpos otros caracteres que los que este mismo autor apunta.

El señor Francisco Barreda, citado por Tschudi, publicó en el tomo 2.º, pág. 105, del Memorial de Ciencias Naturales del Dr. M. E. de Rivero, un trabajo probando que estos cadáveres eran todos embalsamados, y describía de la siguiente manera el procedimiento que empleaban. Sacaban la materia cerebral por la nariz imitando á los egipcios, ó por otro sitio que no indica; extraían los ojos y llevaban dos órbitas con algodón y otras substancias; sacaban también la lengua, y las demás vísceras las extraían por una abertura que practicaban desde el ano al pubis. La cavidad torácica y abdominal la llenaban luego con un polvo fino color hígado y con olor á trementina, el cual tenía la propiedad de absorber la humedad y hacer eferescencia en el agua fría, por lo que se presume que era una mezcla de resina de molle, cal y tierra mineral. Ungían por último la cara con líquidos olorosos color naranja y luego la cubrían con algodón.

Tal es la descripción imperfecta de embalsamamiento que presenta Tschudi en su obra, objetando á renglón seguido que todo esto no es más que un juego de fantasía del señor Barreda; pues él no ha podido descubrir en ninguna de las momias conservadas en el Museo de Lima, el polvo, yervas ú otros preservativos que indicaran el embalsamamiento, siendo esta también, agrega, la opinión del doctor de dicho Museo, don Mariano Rivero, según lo consigna en su opúsculo sobre las antigüedades del Perú.

Procurando siempre añadir pruebas en contra del embalsamamiento, el Dr. Tschudi hizo analizar con el Dr. Julio Vogel, catedrático de clínica de Giessen, ciertos productos extraídos de las momias, y este no halló mas que *grasa cerebral* y *glóbulos secos de sangre*, sin nada que indicara la presencia de materias vegetales, como se habían encontrado en el caso de que estas hubieran sido empleadas con un fin conservador.

Contribuirán también á demostrar esto mismo algunos descubrimientos hechos por este autor.

Así, en 1841 encontró una momia de mujer en cinta, en quien el producto de la concepción llegado al 7º mes según la opinión del Dr. D'Ontrepont, estaba contenido en el vientre. Del mismo modo en Hinchay á dos leguas de Tarma, encontró otra perteneciente á otra mujer muerta durante el parto y en la que el feto presentaba el vértice coronando.

En fin, en una momia de un niño de 11 á 12 años extraída de una huaca de la costa y que presentaba la pared torácica en parte destruída, pudo ver en su interior las vísceras desecadas.

Todas estas luchas que el autor referido ha estudiado detenidamente, lo llevan á concluir que los cadáveres momificados del Perú, con excepción de los reyes y magnates, no presentan los signos de un embalsamamiento artificial, y que por lo que respecta á estos últimos; se ignoran las substancias y procedimientos que empleaban para obtenerlo. Por consiguiente, añade los millones de momias que se han encontrado en las sepulturas de la costa y sierras del Perú y que embellecen los Museos, son productos naturales de los que el cementerio de Huacho encierra todavía numerosos ejemplares. En la costa el sol abrasador y arena calcinada secan los

cadáveres, y en el interior el aire puro y frío y los vientos secos fenómenos que aun en el día podemos observar, produjeron el mismo resultado, dice terminando esta importante cuestión el Dr. Tschudi.

A pesar de esta conclusión bien racional y terminante del Dr. Tschudi sobre el embalsamamiento peruano, debemos observarle, que él no niega que el embalsamamiento haya existido exclusivamente aplicado á los reyes; que el no demuestra que el procedimiento expuesto por Barreda, del cual presenta sólo un esbozo, no haya sido el empleado por estos indios; y finalmente que él no nos dice el que usaban, cuando como lo admite, debían ponerlo en práctica, y que en este caso tenían necesidad de conocer uno cuando menos.

Nosotros pensamos contrariamente que el procedimiento descrito por el señor Barreda puede haber sido el que eligían al practicar esta operación en sus Incas; y lo creemos tanto más, cuanto que muchos autores, que tocan incidentalmente este asunto, nos hablan del conocimiento que estos indios tenían de las substancias preservativas, de los bálsamos y plantas aromáticas que aplicaban precisamente para dificultar la corrupción de los muertos, como lo dicho en el capítulo anterior, y cuando como acabamos de indicarlo, es forzoso admitir que si sabían embalsamar los cuerpos de los Incas, debían hacerlo siguiendo un procedimiento artificial cualquiera, de los cuales el referido por el señor Barreda, que sin razón lo expuso como un método general, es el único que conocemos atribuido á los peruanos.

En la *Relación Anónima*, sobre las costumbres antiguas, de los naturales del Perú, inserta en el libro publicado en 1879, por el Ministro de Fomento en Madrid, con motivo del Congreso de Americanistas reunido en Bruselas, hallamos también un pasaje que confirma nuestra manera de ver. Dice así: "Muerto el rey ó señor, *le quitaban los intestinos* y embalsamaban todo el cuerpo *con balsa mo de Tolú* y con otras confecciones, de manera que duraba un cuerpo así embalsamado, 400 y 500 años." (1)

Garcilaso (2) dice también: "el cuerpo del difunto embalsamaban, que no se sabe cómo quedaban tan enteros que parecían estar vivos. *Todo lo interior de ellos enterraban en el templo que tenían en el pueblo que llamaban Tampu*, que está el río abajo de *Tucuy*, menos de cinco leguas de la ciudad del Cuzco."

En fin, Prescott, repite el mismo hecho y dice: "extraíanle al cuerpo los intestinos y se depositaban en el templo de Tampu."

Si tal hacían con el cuerpo de sus monarcas, hay que reconocer el embalsamamiento artificial, puesto que esta extracción de las vísceras implica separar del cuerpo los materiales fáciles de la corrupción que se empeñaban por combatir, y que para operar esta extracción, necesitaban practicar incisiones, necesitaban seguir un orden, en fin, un procedimiento cualquiera, entre cuyos detalles debían ir incluidos los medios de preservar el cuerpo.

Este procedimiento artificial para conservar los cadáveres, fuese el más raro que imaginarse quiera, ha debido indudablemente existir, y no vemos nada de extraño en que este haya sido el descrito por el autor que tanto critica el Dr. Tschudi, y en el cual no descubrimos ni el juego de fantasía ni la semejanza con el procedi-

(1) Cap. Templos y lugares sagrados, pág. 149 y 150.

(2) Libro VI, cap V, pág. 483.

miento egipcio que dicho autor le atribuye; al contrario se separan tanto, que cuando más podríamos establecer entre ambos una simple aproximación.

Los Egipcios procedían de otro modo y el arte de embalsamar que llegó, como se sabe á una gran perfección, constituía una profesión á la cual muchos se dedicaban. En Tebas, por ejemplo, los embalsamadores habitaban un barrio especial situado al otro lado del Nilo, conocido con el nombre de *Memnonia*.

El embalsamamiento egipcio variaba según el precio que los deudos del difunto abonaban para efectuarlo, lo que hace suponer variaciones paralelas no tanto en el sistema de preparación, sino más bien dependientes de la riqueza de los perfumes, telas y adornos. Así, los pobres eran desecados en cal ó natrón, envueltos en telas gruesas y ordinarias que se aglutinaban al cuerpo con cierto betún, y en estas condiciones se colocaban en los sepulcros.

En los embalsamamientos más lujosos y perfectos empezaban por lavar y epilar el cuerpo, extraían en seguida las vísceras y lavaban las cavidades para rellenarlas después con polvos de mirra, de canela y otros ricos perfumes, con excepción del incienso.

Saturaban luego las incisiones y sumergían el cuerpo en soluciones preservatrices que tenían generalmente por base el cloruro de sodio ó el sesquicarbonato de sodio al natural (natron), otras veces cubrían el cuerpo con estas sales en substancia, en contacto de las cuales lo mantenían por espacio de 70 días.

Pasado este tiempo (improrrogable), el cuerpo sufría un nuevo lavado y era vuelto á sumergir en baños preparados con sustancias y balsámicos, basta obtener el grado de endurecimiento ó de preservación necesario para aplicar el vendaje. Este se hacía con bandeletas apropiadas impregnadas en soluciones conservadoras, cuidando al aplicarlo de cubrir perfectamente con sus frecuentes vueltas, todas las proporciones de la piel de cada uno de los miembros que individualmente debían ser enrollados. Además, durante la colocación del vendaje que constituía una de las operaciones más delicadas, se procuraba rellenar con algodón las partes deprimidas á objeto de dar al cuerpo la forma proporcionada natural.

Estos cuerpos eran en seguida adornados; se doraban las uñas, se ponían anillos de metales preciosos en los dedos, collares y gargantillas en el cuello, etc.

Trataban también al rostro con un esmero especial: lo cubrían con telas delgadas de fina muselina, cuya hoja interna se unía firmemente á la piel por medio de un barniz, mientras que la externa solía ser recubierta por una capa de yeso que servía para pintar sobre ella las rasgos de la fisonomía del difunto. Con algunas momias de esta especie una porción de la solución del yeso empleado, se ha infiltrado entre la piel de la cara y las telas que la cubrían obteniéndose por tal procedimiento un molde fiel del rostro del muerto.

Estas caretas protectoras en otras momias están colocadas sobre los vendajes de esta región, y en algunas, forman grandes mascarones que toman toda la cabeza y descienden hasta el pecho.

Generalmente el acondicionamiento de estos cuerpos se terminaba por una envoltura de cartón, que como una vaina los envolvía por completo; dicha envoltura exterior se pintaba y doraba convenientemente, trazando sobre ella inscripciones y emblemas alegóricos, que se referían á las obligaciones del alma, á las visitas á ciertas divinidades, sin olvidar de colocar también el nombre del muerto, sus títulos, etc.

Estos cuerpos se ponían luego en el interior de ricos y suntuosos sarcófagos hechos de una sola pieza, con madera de sicomora ó cedro, pintado por dentro y fuera; la tapa también de una pieza,

tenía hacia la parte correspondiente de la cabeza esculpida una cara humana, en la que la presencia ó ausencia de la barba enseñaba el sexo del difunto cuyo nombre y títulos, estaban en ella nuevamente repetidos.

En algunos casos estos sarcófagos se colocaban en el interior de otro, y aún á veces en un tercero. En estas condiciones se guardaban en las tumbas al lado de cuatro carrozas que contenían las vísceras.

Como se vé, son notables las diferencias que los dos sistemas de embalsamamiento presentan, por que en muchos puntos se toquen, puesto que en ambos se perseguía el mismo fin.

El procedimiento americano era rudimentario y primitivo, y habría sin duda fracasado, sino hubiera existido la condición adicional tan favorable del clima de esta región, donde, como se ha dicho, se reunían los principales elementos para conservar los productos orgánicos. Ha sido esta circunstancia la que ha bastado para conservar los cuerpos simplemente embalados en numerosas telas, y con mayor razón el de aquellos como los de los Incas, en que un arte imperfecto procuraba además separar de ellos los órganos más susceptibles de putrefacción.

Poco diremos de sus ceremonias y ritos funerarios: la magnificencia de sus sepulcros, la idea tan sublime y tan arraigada de la inmortalidad del alma, y por último, el cuidado tan prolijo á que se dedicaba para conservar los muertos son suficientes para hacer comprender que los ritos y ceremonias de sus exequias debían guardar una relación proporcional y ser grandiosos.

Cuando se trataba de un Inca, todos sus palacios y tesoros, con excepción de aquella parte que se destinaba para los gastos de las exequias y funerales, eran religiosamente respetados en vista de la creencia de que algun día el alma del monarca volvería de nuevo á animar su cuerpo en la tierra, y á habitar otra vez su antigua morada, usando de las cosas que en su primitiva vida acostumbraba á emplear; y esta creencia iba tan lejos, que después de su muerte, los vasallos no cesaban de tributar á sus inanimados cuerpos los mismos honores que acostumbraban á rendirse durante su vida. Así, en determinadas festividades solían sacar con grandes ceremonias, que con toda pompa paseaban por la plaza principal y los hacían asistir de cuerpo presente á los suntuosos banquetes que en su honor celebraban los nobles, quienes se conducían en su presencia con el mismo respeto y recato que si se tratara de personas vivas.

En cuanto á la manera empleada para trasportar los Incas y nobles al sepulcro á que se les destinaba, debemos decir que no se omitía nada para darle el carácter grandioso y soberbio que se armonizara con sus elevadas creencias.

Reunidos todos los vasallos y altos magistrados especialmente invitados para asistir á estas solemnes ceremonias, la conducción del difunto se hacía en una especie de litera construída al efecto y donde sentaban al Soberano. En este aparato era llevado hasta los atrios de los templos ó hasta el sepulcro especial de que disponía y allí lo depositaban, con la mayor reverencia.

En seguida tapiaban las puertas y ventanas de la cámara, mortuoria, en cuya antecámara dejaban su tesoro, su vajilla y ropa, junto con una cantidad regular de alimentos y licores alcohólicos.

Cuando se trataba de un alto magistrado, pero sobre todo de un Inca, el cadáver era colocado delante de la imagen del Sol, y por espacio de tres días le ofrecían todo lo mejor que sus súbditos y parientes podían disponer: objetos de oro, plata, provisiones de maíz, de coca, etc.

Además, por espacio de cuatro lunas la corte y el pueblo no ce-

saban de manifestar con sus lamentaciones, llantos y gemidos, la muerte del monarca. Cada barrio de la ciudad se dirigía en procesión por los campos, llevando banderas desplegadas, armas, vestiduras, y además insignias reales, cantando himnos alusivos que celebraban los principales hechos, la sabiduría y grandeza del difunto repitiendo entre llantos y sollozos endechas plañideras y loores ditiámicos relativos al soberano extinguido.

Ya hemos dicho que los sacrificios humanos se efectuaban muy excepcionalmente en el Perú; sin embargo y á pesar de las formales protestas de Garcilaso de la Vega, parece que esta costumbre no era extraña á la muerte de sus Incas.

Prescott habla del gran número de criados, de las concubinas y favoritos, que se inmolaban sobre las tumbas de los reyes, añadiendo que en ciertos casos estas víctimas sumaban una gran cifra. Acosta refiere hechos que comprueban la verdad de esta bárbara costumbre. En fin, Sarmiento que parece exagerar enormemente esta práctica, hace subir nada menos que á 4,000 el número de personas sacrificadas con motivo de los funerales de Huayna Capac, el último Inca antes de la arribada de los españoles.

Por último, el autor de la *Relación Anónima*, antes citada, dice, que después de verificado el entierro ó la inhumación del cadáver, se lanzaba un bando ó pregón por el cual se hacía saber al pueblo que cualquiera de sus criadas, criados, amigos ó aliados que voluntariamente quisiesen ir á acompañar á su señor ó monarca en la otra vida, podían libremente hacerlo. Y esta aserción que está mas en armonía con la natural repugnancia hacia el sacrificio que dominaba las costumbres de los peruanos, nos parece sintetizar las ideas elevadas de este pueblo, bien supersticioso ante todo.

Tres maneras tenían para responder á la solicitud pregonada: la muerte voluntaria, en cuyo caso la víctima gozaba de la elección del medio que prefería para conseguirla, generalmente era el cuchillo, el cordel, las ponzoñas, el veneno, las bestias feroces, el despenñadero, ó bien desangrándose lentamente; y sus cuerpos que eran prolijamente embalsamados después, se depositaban en la antecámara del difunto si eran varones y si mujeres en el aposento del tesoro. La muerte se conmutaba por ofrendas hechas junto al sepulcro, las cuales consistían en animales, ropas, etc., formando ésta la segunda manera de propiciar las manes del difunto.

En fin, el último modo de satisfacer esta práctica, era la de obligar á hacer esta práctica, era la de obligarse á hacer ofrendas periódicas sobre las tumbas, tales como derramar vino sobre ellos y proveer de alimentos y de vestidos al difunto, que los había de necesitar durante su larga peregrinación por ese mundo ignorado.

Los candidatos para estas inmolaciones y ofrendas, eran generalmente los vasallos más adictos, las mujeres y esposas más fieles, los subalternos y criados mas abnegados, quienes sin necesidad de estímulo alguno, se sacrificaban inmediatamente de conocer la muerte de su Señor.

A estas tristes creencias se seguía luego el luto general de todo el Imperio; y durante un año el pueblo con intervalos señalados se reunían de nuevo para renovar las muestras de dolor, se repetían las procesiones, y se confiaba á los trovadores y poetas la tarea de conservar y referir la relación de sus hazañas, estimulando de esta manera á los sobrevivientes con el ejemplo glorioso de sus muertos. (Prescott.)

Las ceremonias funerarias entre la gente del pueblo y la plebe, eran por el mismo estilo, pero mucho más humildes, puesto que su modesto sepulcro como se ha visto, no tenía otro sitio para elevarse que los campos y arenales.